

RAÚL SILVA CASTRO

‘‘ ATENEAS ’’ EN MIS RECUERDOS

DON ENRIQUE MOLINA, Presidente fundador de la Universidad de Concepción, quiso que la institución poseyera, a ejemplo de otras de Europa y de Estados Unidos, una revista de altos estudios. La tradición de este género de revistas se había interrumpido en Chile. En el siglo XIX las hubo, y algunas de ellas, *La Estrella de Chile*, la *Revista Chilena*, la *Revista de Artes y Letras*, llevaron fuera del país los nombres de no pocos escritores a quienes pudo leerse con admiración y con simpatía. En los primeros años del siglo XX también se publicaron algunas, como la excelente *Revista de Chile* y, en seguida, la *Revista Chilena*, que llamamos “de Matta Vial” para distinguirla de la homónima ya mencionada, que editaron Miguel Luis Amunátegui y Diego Barros Arana. Pero a las alturas de 1924, cuando comenzó a granar el generoso ensueño de don Enrique Molina, parecía rota la vieja tradición erudita chilena materializada en aquellas publicaciones.

No sé si sea yo el más autorizado para exponer lo que es una revista de esta índole, si bien el haberlas recorrido todas o casi todas, podría permitirme decir lo que sobre ellas siento. Creo, en suma, que en una revista así deben publicarse, ante todo, estudios y ensayos, es decir, obras de reflexión, sea sobre problemas políticos de fecha reciente, sea sobre cuestiones más remontadas aún, como la filosofía, la metafísica, la religión, el espíritu humano, la estética, etc. Estos trabajos corresponden a la línea del ensayo, esto es, carecen de erudición visible, y son más libres, personales y agudos que sistemáticos en la exposición. Fuera de ello, una revista de altos estudios dará cuenta de la actividad literaria propiamente tal (novela, cuento, poesía, teatro), reproduciendo piezas de gran calidad que correspondan a esas especialidades, o bien publicando reseñas bibliográficas sobre libros y folletos, así como informaciones sobre actos culturales. La revista, en



RAÚL SILVA CASTRO
1929-1931

fin, debe estar siempre inspirada en la más efectiva seriedad, sin concesión ninguna a lo frívolo, y mantener su programa estructural lo más fielmente que sea posible.

Atenea fue nombrada con este título de reminiscencia mitológica, con mucho de helénico y de renacentista, por decisión de don Enrique Molina, a quien la *sofrosine* de los clásicos le parecía entonces, en la culminación de su activísima existencia, un ideal accesible sólo por medio de la letra impresa. En la vida diaria, luchando por la subsistencia de la Universidad de Concepción, que tenía pocos años de nacida, era preciso emplear muchas otras armas. La contemplación meditativa, el libre y plácido divagar de la mente por el mundo de la cultura, la obtención de la imagen literaria elegante y persuasiva, eran faenas paralelas y a las que iba a darse cauce por mediación de *Atenea*. No debe extrañarnos, por eso, que la colaboración del señor Molina en esta revista, caudalosa en los primeros años, le sirva para enterar a sus lectores de los temas que entonces compartían su atención, desde la filosofía hasta el gobierno de los pueblos. Un suceso reciente dio prominencia a este asunto. En las fiestas del centenario de Ayacucho, celebradas con sumo esplendor en Lima, el poeta argentino Leopoldo Lugones había pronunciado el escandaloso discurso llamado de la Hora de la Espada, expresión sintética o emblemática en la cual se compendia su tesis. El señor Molina, con otros pensadores armericanos, se sintió herido en su fe democrática, y abrió las páginas de *Atenea* a cuantos quisieran combatir la doctrina de Lugones, considerada regresiva por los hombres cultos del ámbito hispanoamericano. Desde estas fechas, *Atenea* fue, cuando llegaba el caso, un palenque abierto a la discusión de los más altos problemas. Una sola exigencia pareció digna de ser contemplada en la admisión de colaboraciones, la de que ellas fueran compatibles con el lema de la Universidad de Concepción: Por el desarrollo libre del espíritu.

Motivos editoriales muy perceptibles hicieron preciso que *Atenea* se imprimiera en Santiago, y en esta emergencia, debiéndose designar en la capital a un escritor de primera categoría que tomara a su cargo la tarea de organizar y disponer las publicaciones, fue Eduardo Barrios el nombrado. El novelista acaba de agregar a su nómina *El hermano asno* (1922), con el cual había corroborado la impresión causada, años antes, por *Un perdido* (1918); pero entre ambas obras se veía una enorme distancia. El torrente vital de ésta, donde docenas de personajes pintorescos, ruines, hipócritas, tiernos, aventureros, cobardes, se codean y se organizan en grupos y series que el autor lanza sucesivamente al lector, en *El hermano asno* se adelgaza y suti-

liza. El ambiente es uno solo, silencioso, austero, un convento franciscano, y las tragedias debemos divisarlas en penumbras bajo la cogulla, pues son todas íntimas, y algunas llamadas a quedar tácitas o sólo insinuadas. Y es precisamente esta diferencia entre ambos relatos, la que mejor podía asentar el convencimiento de que Barrios poseía un gran talento de novelista.

La elección de Barrios, funcionario entonces de la Universidad de Chile, fue en todo un acierto. Él no aseguraba a la revista solamente la fiel ejecución del plan que el señor Molina preparaba, sino que también añadía un prestigio, un nombre. A pesar del tradicional amurallamiento de las letras chilenas tras el macizo cordillerano, que aísla y enfría, la obra de Eduardo Barrios saltaba al exterior y editada en Buenos Aires y en otras capitales, era, en fin, aplaudida como signo de madurez de las letras chilenas. Algún tiempo después, Eduardo Barrios pasó de la Universidad de Chile a ocupar la dirección de la Biblioteca Nacional (1927), y en seguida a servir el Ministerio de Educación Pública, y sus nuevos cargos le arrebataban las horas de que antes pudo disponer para atender los asuntos literarios. A esta sazón, yo le había ayudado ya en la corrección de las pruebas de *Atenea*, y escribí inclusive páginas de información de que ninguna revista puede carecer y que son, naturalmente, anónimas. Innovador, atento a la responsabilidad que le confería el hecho de ser el primer escritor que en muchos años llegaba a compartir las labores propias del poder ejecutivo, Barrios emprendió una reorganización en el personal y en los servicios de la Biblioteca Nacional; y luego en las diversas ramas de la educación que caían bajo su regencia inmediata. Grandes innovaciones ocurrieron en esos días, y literalmente no quedaba tiempo disponible para el manejo de *Atenea*. Por derivación normal entre amigos, me fui haciendo cargo de las tareas internas de la revista, con la clara intención de que una vez libre Barrios del compromiso político que se echaba encima al ir al Gobierno, *Atenea* volvería a sus manos. Las cosas no salieron así, y en realidad cuando yo dejé la dirección de la revista, en 1931, pasó a reemplazarme Domingo Melfi.

Aun cuando fuese, al principio, muy precario el título que yo exhibía para manejar los asuntos de *Atenea*, quise innovar, y más de una vez expuse planes de trabajo al señor Molina, que entonces iba por Santiago con mucha frecuencia. Más adelante fui invitado a tratar el asunto en Concepción, y en una larga entrevista con él y con Luis David Cruz Ocampo, quedé autorizado, en general, para ensanchar la revista y aumentar sus servicios. Cruz Ocampo era entonces secretario general de la Universidad, y además de trabajar en muy

estrecho acuerdo con el señor Molina, había colaborado en la revista haciendo uso de su seudónimo cervantino, Licenciado Vidriera.

La revista habíase fundado con una sección titulada *Hombres, Ideas y Libros*, cuyo título me apresuré a cambiar por el de *Hombres, Ideas y Hechos*, lo que me permitió dejar las informaciones bibliográficas aparte, a fin de darles más vuelo y amplitud. En ellas, bajo el título *Los libros*, comenzó a darse cuenta de un gran número de publicaciones literarias, no todas chilenas. Se creó, además, una sección encargada de reseñar brevemente los temas tratados en algunas revistas, conforme veía yo que se hacía en importantes revistas europeas. Todo esto me presentó el problema de los colaboradores. Era preciso tener gente que escribiera, y que, sobre todo, fuese oportuna en las entregas del material, gente precisa, seria, disciplinada. Acudí ante todo a los amigos y colegas que tenía más cerca, y pronto recibí estudios críticos firmados por Manuel Rojas, Roberto Meza Fuentes, Rafael Cabrera Méndez, Fernando Ortúzar Vial, Félix Armando Núñez y Abel Valdés. También figuró por entonces Mariano Picón Salas, que estudiaba en Chile y que en *Atenea* comenzó a mostrar sus aptitudes de ensayista, que tanto han encumbrado después su nombre literario. Todos los mencionados fueron, en esos días, activos comentaristas de libros nuevos, y dieron a la revista una variedad que era muy laudable. Debo agregar, como detalle sólo material, que *Los Libros* se componían en columna doble y con tipo más pequeño que el resto de la revista, de modo que se aprovechaba muy bien el espacio.

Hay revistas de acarreo y revistas orgánicas. En las primeras se publica cuanto llega, sin otra selección que alguna muy primaria, para evitar que se cuelen farsantes y grafómanos. En las segundas no se publica sino la colaboración solicitada en atención a la especialidad de cada uno de los escritores invitados a escribir en ellas, sin perjuicio de conservar la más amplia libertad de tema y de estilo a los autores consagrados, dueños ya de un público que habrá de distinguirlos donde se les encuentre. Yo quise evitar que *Atenea* se convirtiera en revista de acarreo, y cuando la tuve en mis manos traté de hacerla en todo orgánica. Mi ideal habría sido que cada número tuviese un tema de estudio, un centro de interés, al cual aportarían sus luces unos cuantos colaboradores muy idóneos, sin perjuicio, además, de que la revista iniciara encuestas y provocara debates literarios, artísticos, filosóficos, etc. Era un programa muy arduo, pero algo se consiguió.

Contando con la buena disposición de algunos amigos en cuyo criterio podía fiar, *Atenea* comenzó a publicar estudios de primera ca-

lidad. Debo citar ante todo a la señora Amanda Labarca, que número a número, mientras yo dirigí la revista, escribió las que ella misma iba a titular *Meditaciones breves* (1928-31), es decir, pequeños ensayos sobre temas siempre elevados, expresados en prosa de ejemplar valía. Por motivos políticos emergentes en aquella hora, esta colaboración hubo de salir firmada con el seudónimo Juliana Hermil, de sabor d'annunziano, que en realidad la autora había empleado ya, algunos años antes, en el diario *La Opinión*, que dirigía Tancredo Pinochet y administraba Guillermo Labarca Hubertson.

Otro de estos colaboradores, Eduardo Solar Correa, confió a la revista los estudios que componen su libro *Semblanzas literarias de la Colonia* (1933), celebrado con voz unánime por la crítica de sus días y de más adelante. Todavía recuerdo la pulcritud de los originales de Solar, la esmerada corrección que hacía de las pruebas, y las templadas discusiones que alguna vez hubimos de sostener sobre puntos de aquellos estudios en que la posición del crítico parecía ser sobradamente audaz. Solar Correa iba por aquellos meses a leer, en horas de la tarde (en la mañana hacía clases), a la Sala Medina de la Biblioteca Nacional, sitio quieto, silencioso, bien abastecido de todo. Allí dio la lectura final a los escritores del período colonial que le estaban interesando, y tomó notas para la versión definitiva de *las Semblanzas*. Como entonces tenía yo oficina en el mismo piso y a corta distancia de la Sala Medina, más de una vez coincidimos en la salida o en la entrada. Conozco, pues, la elaboración de las *Semblanzas* casi desde su origen, y mucho me enorgullece haberles dado acogida en las páginas de *Atenea* (1928-31).

Habré de hacer aquí un paréntesis acerca de la pulcritud editorial, en la cual tan empeñoso como yo se mostraba Solar Correa. Yo me apliqué con ardor a combatir el original sucio, desgredado, lleno de correcciones manuscritas y de tachaduras, donde termina por no saberse qué deseaba decir el autor, y a todos los colaboradores les insté a que corrigieran con claridad. Cuando el asunto no ofrecía remedio a la vista, era necesario copiar el original a fin de que en la imprenta no hubiese dudas. Creo que en el período a que me estoy refiriendo, siempre se estamparon en forma recta los apellidos extranjeros, que generalmente aparecen alterados en las publicaciones chilenas, y se introdujo cierto orden material en el escrito, que sin llegar a estorbar el estilo personal del autor, contribuye en cambio a dejarlo más en evidencia.

Mariano Latorre fue uno de los favorecidos por esta nueva política. En las páginas de *Atenea* publicó algunos de sus mejores relatos, como *Cavinza* (titulado después *El llamado del mar* por su propio au-

tor, *El zapatero de Llali* (*Salteadores en Chillahue* después) y *Marimán y el cazador de hombres*, que aparecieron entre marzo de 1928 y octubre de 1930. Mariano produjo siempre sus originales a mano, y cuando necesitaba hacer publicar uno, debía hacerlo copiar a personas de buena voluntad y de mala ortografía, que o no sabían mucho de letras o no dominaban los secretos de la máquina de escribir. Yo me apliqué a corregir sus escritos, para mostrarle cómo habían sido infieles y en qué grado esos ocasionales amanuenses, y más de una discusión hube de librar con él para contentarle en los puntos de duda. Años después, a raíz de su muerte, se publicó *La paquera* (1958), novela que no alcanzó a dar en vida, y allí se ve, de nuevo, el descuido en el original que llega hasta el libro mismo y embaraza su texto. Pero de esas discusiones quedamos tan amigos como antes, porque Mariano, muy inteligente, pronto percibió la ventaja que había en la clara lectura de sus escritos.

En estas labores me ayudaba no poco Manuel Rojas, que tenía práctica de taller, probada en seguida cuando tomó a su cargo la dirección de las Prensas de la Universidad de Chile. Manuel Rojas había sido linotipista profesional en una parte de su juventud, y mucho de lo que yo sé de tipografía se lo debo al trabajo de *Atenea* realizado en consorcio. Por lo que toca a su colaboración debe señalarse que Manuel Rojas comenzó entonces, en las páginas de *Atenea*, su carrera de ensayista, y que el fruto de sus producciones de esos días se congregó en *De la poesía a la revolución* (1938), libro que el autor creyó conveniente dedicarme precisamente por la muy estrecha camaradería que existió entre nosotros en ese tiempo. Su otro libro de ensayos, *El árbol siempre verde* (1960), ha venido mucho después a confirmar las aptitudes que el primero había ya mostrado.

Hay en *Atenea*, en los años que estoy evocando, varios colaboradores menores, no por la calidad de su obra, sino por su aportación, que se redujo a un corto número de producciones. Entre ellos recuerdo, por hoy, a Eugenio González, a Carlos Charlín Correa, a Carlos Keller, a Julio Heise González entre los ensayistas; a Ricardo Donoso, brillante y polémico expositor de temas de la historia; al poeta Joaquín Cifuentes Sepúlveda, que había sido alumno del señor Molina en el Liceo de Talca; al famoso criollista Carlos Acuña y a María Baeza, poética voz de amor tronchada en plena juventud. El viejo periodista don Carlos Silva Vildósola, entonces director de *El Mercurio*, escritor ya fogueado en toda suerte de publicaciones literarias, aportó el ensayo titulado *Los griegos y el concepto de la belleza*, que calzaba muy bien el helenismo transparente de *Atenea*.

Capítulo especial merece el de los colaboradores extranjeros, algu-

nos de los cuales fueron contratados al través de una agencia internacional de colaboración literaria que funcionaba en París. Gran número de peruanos figuran en esa nómina, otros tantos emigrados a quienes por motivos políticos no era fácil ni cómodo ni decoroso vivir en su país natal. Son peruanos, desde luego, Alberto Guillén, Víctor Raúl Haya de la Torre, Alberto Hidalgo, Magda Portal, Manuel Seoane, y Francisco García Calderón, sin que de éste pueda yo afirmar que fuese precisamente emigrado político. De otras nacionalidades vemos a Jaime Torres Bodet, José Vasconcelos, Manuel Ugarte y Paul Schostakowsky, y a los franceses Jean Prevost y Romain Rolland, de cuyos artículos que llegaban en francés era preciso hacer traducción.

Conforme el concepto que indiqué más arriba sobre lo que en mi entender debe ser una revista, no puede extrañarnos nada que en *Atenea* quisiera dar yo, por ese tiempo, mucha representación a la literatura crítica, y efectivamente no son pocos los comentarios de este corte que allí aparecieron. Aloné, es decir, Hernán Díaz Arrieta, redactó finos comentarios sobre Salvador de Madariaga y sobre el ya mentado Paul Schostakowsky, que en Chile desarrolló parte de su carrera literaria, proseguida después en Buenos Aires. Armando Donoso escribió sobre Carlos Pezoa Véliz, que le había dado tema a una prolija investigación biográfica, y sobre José Ortega y Gasset, de quien había sido amigo personal en su último viaje por España. A Roberto Meza Fuentes, mentado ya entre los comentaristas de libros, se deben varios ensayos de mayor vuelo, y especialmente uno de 1928 que daba a conocer a Federico García Lorca. Milton Rossel, que ocupa actualmente la dirección de *Atenea*, comenzó también por esos días su brillante labor de ensayista de crítica literaria. En la misma cuerda pueden citarse los nombres de Arturo Troncoso, que colaboraba desde Concepción; de Alfonso M. Escudero, O. S. A., autor de páginas bibliográficas, y de Osvaldo Vicuña Luco, parco y hasta esquivo para echar su nombre al público.

Otros escritores de entonces que rememoro son Juanuario Espinosa, quien solía entretener a los clientes de *Atenea* con amenas divagaciones sobre las voces de la lengua castellana; Luis Enrique Délano, que por ese tiempo iniciaba su carrera de escritor imaginista; Ricardo Latcham, aficionado a escribir sobre sus viajes; Alberto Rojas Jiménez, traductor de O'Neill; González Vera, que pausadamente iba dando a conocer las callejuelas de *Alhué*; Carlos Préndez Salías, cuya atención se repartía entre la prosa y el verso, y Pablo Neruda, que desde el Oriente, donde residía consularmente desterrado, alcanzó a enviar a la revista las primeras producciones de su nuevo estilo, el que iba

a mostrarse a cabalidad con *Residencia en la tierra*. Salvo con Neruda, a quien me ligó entonces sólo la carta, espaciada en largos viajes oceánicos, a todos los demás los traba personalmente y, a menudo, necesitaba instarlos a colaborar.

La prosa de gran calidad era, naturalmente, muy buscada por mí para la colaboración en *Atenea*, y por eso podemos ver, a más de los nombres que he mencionado, los de Marta Brunet, que entonces proporcionó dos de sus mejores trabajos, *María Rosa, flor del Quillén* y *Plaza de mercado*; de Alfonso Bulnes, o Juan de Armaza, con sus bien perfiladas viñetas, y de Ernesto Montenegro, que en *Atenea* precisamente dio las primeras noticias de su muy sabroso Tío Ventura.

Se correría el peligro de hacer una enumeración fastidiosa si se pretendiera mencionar aquí a todos los escritores que por ese tiempo pasaron por las páginas de *Atenea*. Algunos son ya venerables sombras escurridas por la muerte hacia el empíreo de las letras; otros siguen apareciendo en el tablado de la publicidad, y de entre todos puede recordarse que no pocos tuvieron en *Atenea* sus primeros contactos con el público. Y es algo decir. A la sazón en que compagino estas memorias, hace casi dos años que estoy viviendo en los Estados Unidos, en el medio universitario, y en las bibliotecas de las universidades que aquí conozco encuentro colecciones *Atenea*, algunas casi completas, que constituyen el más autorizado arsenal de información sobre literatura chilena de que pueden disponer tanto el profesor como el alumno de aquellas instituciones. Sus cuarenta años de vida la hacen servir muy bien a la consulta sobre los escritores chilenos de mayor notoriedad internacional, y por la seriedad de sus estudios, de sus notas críticas, de sus comentarios e informaciones sobre la vida cultural de la nación, todo lo que en ella se imprime parece infalible.

Este mismo valor de consulta fue relevado por la Organización de los Estados Americanos, cuando publicó el índice de *Atenea*, índice que también vio la luz en los Estados Unidos hace pocos años. Gran homenaje, con el cual *Atenea* quedó señalada para los extranjeros como la mejor guía y exposición de la literatura chilena moderna; pero este homenaje admite algunos añadidos, retoques y complementos, cuya urgencia torna notorio el paso de los días. Desde luego, como la revista no está concluida sino que ha seguido publicándose, nuevos números de ella podrían agregarse al escrutinio. Fuera de esto, debe aceptarse, para una nueva edición o para aquellos añadidos, que no es el orden alfabético de la colaboración de cada escritor, el mejor para la consulta. Los trabajos de un mismo autor deben ponerse en orden cronológico, que es el propio de la historia, el que indica el paso gradual de un escritor por la actividad creadora, el

único en suma que sirve de algo para la investigación y el estudio, que son precisamente los fines propios de los índices. Tal vez la ocurrencia de los cuarenta años a que hemos aludido aclare mejor la necesidad de un buen índice. El que estamos aludiendo es, además, erróneamente selectivo, y no comprende por ejemplo los comentarios sobre libros, con lo cual se amputa una buena proporción de la actividad literaria de *Atenea*, y sin duda una de sus funciones más útiles.

Yo, desde luego, en estos recuerdos nada he querido amputar o reducir. Si por debilidad de la memoria algo falta, anticipadamente pido benevolencia. Los años que trabajé en *Atenea* aparecen hoy ante mí aureolados de luz, llenos de iniciativas, proyectos y empuje, lo que hoy parece propio de la inexperta juventud, que se ilusiona fácilmente y cree hacederas cosas que son en realidad muy difíciles.

En torno a la mesa de redacción, donde un día de cada semana trataba yo de reunir a los colaboradores más frecuentes, se pasó en revista, más de una vez, la actualidad literaria y política del país y de otros que estaban proyectados hacia nuestra atención. No eran días plácidos, y la propia Universidad de Concepción vio en diversas ocasiones amagados sus recursos. Entonces me fue dado admirar la extrema serenidad de don Enrique Molina, que sorteaba algunos peligros con la sonrisa, que argüía con calor y emoción, cuando así lo creía necesario, y que sin alterarse, sin ceder a la nerviosidad, lograba que por lo menos se oyeran sus cuerdas alegaciones, para pensarlas en seguida. Le vi más de una vez triunfar; pero jamás envanecido de sus avances. El puesto que ocupaba en la Universidad de Concepción y de que hubo de alejarse sólo por achaques insalvables de salud, lustros después, le imponía el aplomo, la prudencia, el equilibrio, la ponderación, y como la Naturaleza le había otorgado estas dotes en la propia hora de su nacimiento, no es raro que allí haya dejado una huella sumamente honda, que equivale ya a una tradición. De él, en fin, el autor de estos recuerdos mereció siempre agradable trato, confianza inmerecida, apoyo, estímulo, aliento en horas difíciles, todo lo cual pasa y se olvida cuando la vida, que ruge en torno, asorda nuestros oídos, pero vuelve y se recapitula si el caso llega. Y el caso ha llegado. A esta altura de la vida, puedo afirmar ya que el señor Molina, con alma de verdadero maestro, sabía despertar la dignidad y la propia estimación en sus colaboradores, y velaba por la expresión sosegada y prudente del carácter de cada uno. El modestísimo colaborador suyo de hace treinta años no vacila en afirmarlo y en decirlo públicamente, para agradecerse.